

MARTÍN TORRES MÁRQUEZ, JOSÉ NARANJO RAMÍREZ
Departamento de Geografía y Ciencias del Territorio, Universidad de Córdoba
<martin.torres@uco.es> <jnaranjo@uco.es>

El casco histórico de Córdoba y el primer plano de la ciudad: el Plano de los Franceses de 1811¹

RESUMEN

Durante la guerra de Independencia, el gobierno de los afrancesados elaboró en 1811 el llamado *Plano de los Franceses*, el primer plano urbano de Córdoba realizado de manera científica. Por ello, ha resultado ser un documento imprescindible para analizar el pasado y el presente urbano de la ciudad. Con ocasión de su bicentenario, intentamos una lectura contemporánea de la información que en él se contiene, haciendo una valoración de sus autores y de su papel en los procesos de reinención de una ciudad histórica.

RÉSUMÉ

Le centre historique de Cordoue et le premier plan de la ville: Le «Plan des Français», de 1811.- Pendant la Guerre d'Espagne, le gouvernement des occupants réalisa en 1811 le premier plan urbain de la ville basé sur procédés scientifiques, le « Plan des Français », ce qui lui valut devenir un document incontournable pour l'analyse du passé et du présent de la ville. À l'occasion du bicentenaire du plan, nous essayons une lecture contemporaine de son contenu, en faisant une évaluation

des auteurs et de son rôle dans les processus de réinvention d'une ville historique.

ABSTRACT

The Cordoba historic city centre and its first urban map: The "Map of the French" (1811).- In 1811, during the Peninsular War, the Napoleonic government executed the Cordoba first town map made with a scientific procedure, subsequently known as the "Map of the French", which became an essential document to understand the urban past and present. On the occasion of its bicentenary, we try to make a modern interpretation of its content, as well as an evaluation both of the authorship and the role the map played in the historic city centre reinvention.

PALABRAS CLAVE/MOTS CLÉ/KEYWORDS

Córdoba, ciudad histórica, urbanismo, cartografía histórica.
Cordoue, ville historique, urbanisme, cartographie historique.
Cordoba, historic city centre, urbanism, historical cartography.

I. LA CARTOGRAFÍA URBANA ESPAÑOLA DEL SIGLO XIX EN EL ESCENARIO MILITAR DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA

Las contiendas bélicas sirvieron de revulsivo técnico y editorial a muy diversas disciplinas, entre ellas la

geografía y la cartografía, pues la necesidad de conocer los espacios «enemigos» o «aliados» actúa de impulso para la investigación geográfica y sus disciplinas instrumentales. Ya Yves Lacoste (1990) teorizó acerca de la geografía como instrumento militar y como herramienta de poder: pues aunque la función de la geografía no sea «hacer la guerra», su conocimiento detallado es indispensable para «doblegar» y gobernar con eficacia un territorio, al tiempo que sirve a la sociedad para conocer los mecanismos por los que se les gobierna. Adquiere así la

¹ Homenajamos con este artículo a cuantos colaboraron en desentrañar y explicar el casco urbano de la ciudad de Córdoba, personalizados todos ellos en nuestro común maestro el Dr. Antonio López Ontiveros.

geografía un papel primordial en las sociedades pretéritas y modernas, tan fundamental como saber leer, para poder interpretar las leyes. Y al igual que cabe una instrumentalización del saber geográfico con fines bélicos, también se hace indispensable para la paz, el desarrollo y el bienestar de los pueblos.

Esta visión práctica del conocimiento geográfico fue el argumento de ciertas monografías editadas por el Estado Mayor español, destacando las de F. Pinto Cebrián (1986, 1988 y 1997). Y es que el devenir histórico está repleto de ejemplos que avalan los vínculos entre lo militar, la guerra y la geografía; el paisaje es el contenedor de los recursos económicos que han de propiciar el sustento y desarrollo de una sociedad y, a través del dominio del paisaje, se consigue también gobernar y someter a las sociedades y sus paisajes espaciotemporales (Navarro Bello, 2004).

En este contexto, en una situación de bisagra histórica, la guerra de independencia, propiciará una importante labor geográfica y cartográfica, que habrá de servir de cimiento para el «nuevo Estado», adoptando la geografía un papel destacado al servicio de la guerra, del poder y de la administración del territorio.

Tras algunos precedentes ilustrados, este uso estratégico de la información se expresa en una doble escala territorial. Se abordan descripciones geográfico-estadísticas y representaciones cartográficas alusivas a la generalidad del país o sus regiones y, por otra parte, conscientes de la relevancia militar y económica de la red urbana, las grandes y medianas ciudades españolas acapararán los esfuerzos de los geógrafos y cartógrafos de principios del siglo XIX.

1. LA CARTOGRAFÍA URBANA DE LA ILUSTRACIÓN

En el contexto del desarrollo del método experimental y el nacimiento de las diferentes disciplinas científicas, notorios serán los avances en geodesia, con el desarrollo de técnicas cartográficas basadas en los postulados newtonianos o en los modelos del matemático J. H. Lambert o del cartógrafo Hayford y su modelo elipsoidal. Las triangulaciones de enlace con la red geodésica y la proliferación de lugares identificados por sus coordenadas geográficas supusieron un evidente perfeccionamiento de la cartografía, que se manifestó también en los levantamientos propios de cartografía urbana. En ellos la ausencia de triangulación geodésica se suplirá con el establecimiento de una red local de apoyo o incluso —será el caso del plano de Córdoba de 1811— con la aplicación de técnicas de «geometría subterránea», habitual en las prácticas mineras.

En definitiva, la Ilustración supondrá la ruptura con las representaciones «artísticas» del pasado y el inicio de los planos de población, con escala idéntica, realizados con criterios equivalentes a los de la actividad topográfica y cartográfica.

2. LA CARTOGRAFÍA URBANA EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XIX

La difusión de estas técnicas coincide con la invasión de España por las tropas napoleónicas, en cuyo Estado Mayor se integraba una Sección Topográfica compuesta por ingenieros geógrafos. Por iniciativa de José I, se creó en Madrid, en 1809, un Depósito General de Cartas Geográficas, de Planos y de Diseños Topográficos. A su amparo se realizaron las campañas cartográficas francesas en nuestro territorio, creando con ello una nutrida cartoteca conservada, mayoritariamente, en los archivos franceses (Bonet Correa, 1991).

Algunos ejemplares significativos serán el *Plano topográfico de la villa de Madrid y sus alrededores* (1808), el *Plano de la ciudad y puerto de Málaga* (1810-1811) o el también plano francés de la ciudad de Granada y alrededores, que se completa con otras cartas de mayor detalle dedicadas a la Alhambra (Bonet Correa, 1991). Coetáneos serán los planos de Toledo (1809), Moguer y Niebla (1810), la importante colección de fortificaciones y defensas de la costa gaditana entre 1810 y 1811 y un largo etcétera².

Una buena muestra de tan ardua labor geocartográfica ha quedado de manifiesto en la obra *Cartografía de la Guerra de la Independencia*, donde se ofrece una pormenorizada relación de esa importante tarea que, hasta cierto punto, supuso una revolución en la concepción del país y su redescubrimiento geográfico (Ministerio de Defensa, 2008; Nieto Calmaestra, 2009).

Los más significativos logros posteriores de la cartografía española (Ley de Medición del Territorio, de 1859, creación del Instituto Geográfico en 1870, etc.) deben buena parte de su impulso a la labor geocartográfica promovida por los franceses y a la promoción que supuso para la geografía el conflicto de la guerra de independencia; añádase también la aparición de ilustres figuras de la geografía tales como Carlos Ibáñez de Ibero o el ingeniero jiennense Francisco Coello.

² La consulta de estos fondos cartográficos se ha realizado gracias al portal online del Instituto Cartográfico de Andalucía (ICA) y su Buscador de Cartografía Histórica: <www.juntadeandalucia.es/viviendayordenaciondelterritorio/cartografiaHistorica/index.jsp?idioma=DEFAULT>.

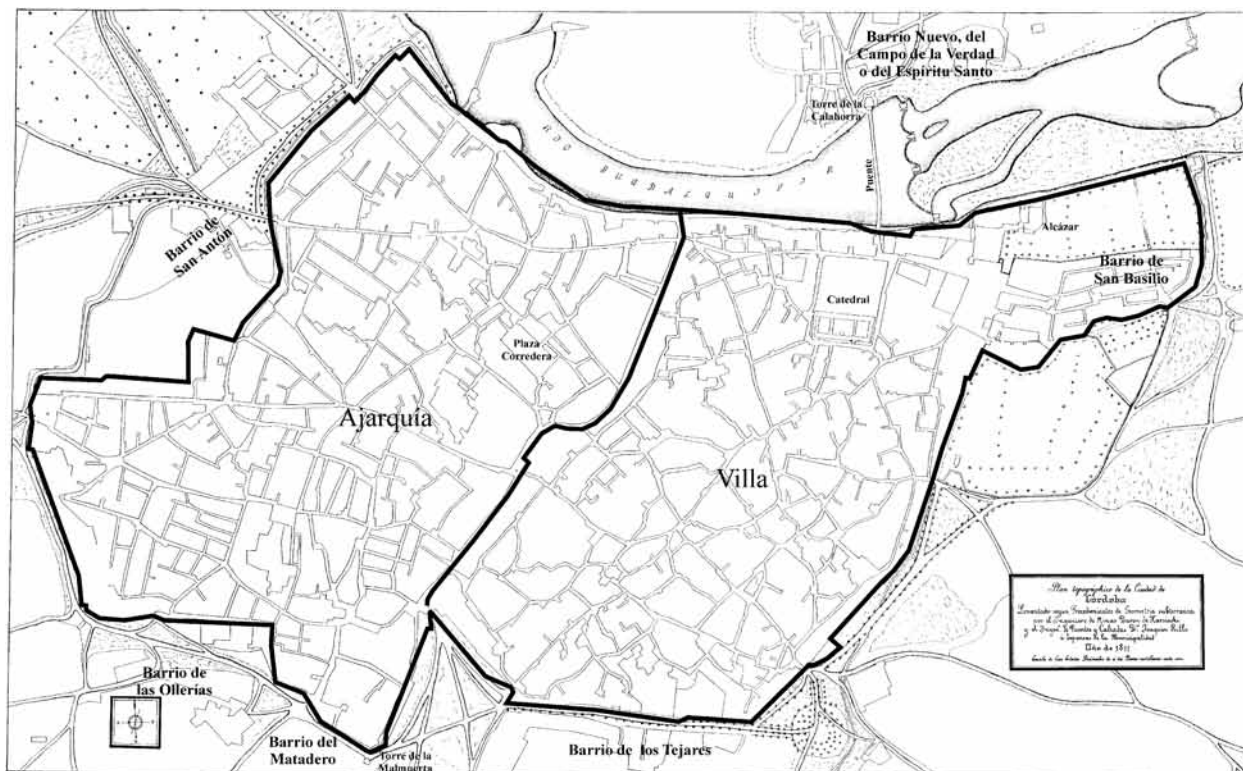


FIG. 1. Plano de los Franceses (Barón de Karvinsky, Joaquín Rillo, 1811) de la ciudad de Córdoba. Grandes unidades intramuros y extramuros de la ciudad de Córdoba. Elaboración propia (escala aproximada 1:16.000)

II. LA OCUPACIÓN NAPOLEÓNICA DE CÓRDOBA

En junio de 1808 el ejército del general Dupont, tras la victoria de Ocaña, atravesó las llanuras manchegas y penetró en Andalucía por Despeñaperros. Ocupada Andújar, la ciudad de Córdoba se convirtió en el principal objetivo del ejército francés. La amenaza provocó una generalizada movilización del paisanaje cordobés al mando del coronel Pedro Echevarri.

El 6 de junio Dupont alcanzó la villa de El Carpio y un día después se presentaba ante el puente de Alcolea, donde las tropas de Echevarri fueron derrotadas, quedando expedito el camino. Obviando los detalles de la ocupación, en Córdoba se inició el conocido como «saqueo de Córdoba» de 1808 por las tropas francesas. Muñoz Maldonado (1833, p. 204), Orti Belmonte (1930) y otros autores, como Ramírez y de las Casas-Deza (1977) o Pascual Madoz (1987), han dejado fiel testimonio de las nefastas consecuencias de la guerra para la ciudad.

El ejército francés, tras un pacto con la ciudad y sus gobernantes (Palacios Bañuelos, 1990, p. 59), regresará a Córdoba en enero de 1810, permaneciendo hasta el 3 de

septiembre de 1812. Entre los logros y realizaciones positivas de ese corto período de gobierno francés³ nos interesamos aquí por la elaboración del primer plano urbano conservado de la ciudad y su periferia próxima⁴ (Fig. 1), el conocido como «Plano de los Franceses».

III. EL PLANO DE LOS FRANCESES

La carencia de herramientas cartográficas adecuadas y de la información necesaria acerca de su geografía fi-

³ Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes; primer Cementerio Municipal (la Salud); nuevas ordenanzas municipales; Jardines de la Agricultura, adentamiento de la avenida de Cervantes y la urbanización del Campo Madre de Dios; derribo de la plaza de la Merced; e, incluso, el proyecto que perseguía la navegabilidad del Guadalquivir hasta Córdoba, elaborado por el barón de Karvinsky (Palacios Bañuelos, 1990, pp. 41 y ss).

⁴ El plano de 1811 fue publicado en el anexo de la obra de M. A. Orti Belmonte (1930a). Su original se conserva en la Gerencia Municipal de Urbanismo de Córdoba, una pieza única realizada sobre papel entelado, de 184 x 227 cm. Reproducciones existen en el Colegio Oficial de Arquitectos de Córdoba (núm. 165) y en la Biblioteca de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad de Sevilla (sig. 9/4181).

sica y humana dificultaba a la municipalidad cordobesa la posibilidad de aplicar adecuadamente las nuevas ordenanzas en materia urbanística y de salud pública, condicionando el planeamiento de la policía urbanística e, incluso, hacía impracticables las gestiones relacionadas con los servicios y, por supuesto, el control militar y fiscal del territorio y sus habitantes.

Una vez superados los violentos episodios de 1808, la geografía y la cartografía, como expresión gráfica de la primera, se convierten en instrumentos insoslayables para el control y gestión del territorio y sus habitantes. ¿Cómo gestionar la ciudad y mejorar su salud pública sin herramientas que permitan su conocimiento? ¿Cómo modernizar una ciudad vetusta sin instrumentos fiables y modernos?

1. EL ENCARGO Y LOS AUTORES

La especial preocupación por las cuestiones urbanísticas y el estado de decrepitud que padecía la ciudad, reiteradamente descrito por viajeros a su paso por Córdoba (López Ontiveros, 1991) y agudizado por los efectos de la ocupación militar de 1808, hicieron pensar en el encargo de un plano urbano que permitiera disponer de una imagen cuantitativa y cualitativa del casco urbano.

El encargo partió del comisario regio Francisco Angulo⁵ (Bertomeu Sánchez, 2009, p. 772), concluyéndose las operaciones y su edición en 1811, durante la prefectura cordobesa del político, erudito y aventurero Domingo Badía y Lebllich, también conocido como Ali Bey el-Abbasí. Su elaboración recayó en el ingeniero de minas polaco barón de Karvinsky, con la ayuda técnica del ingeniero español Joaquín Rillo; el coste de su ejecución fue de 26.337 reales y el trabajo quedó concluido e impreso en el mes de marzo de 1811.

El barón de Karvinsky también redactó en 1813 el estudio y dirigió las inacabadas obras para el acondicionamiento del Guadalquivir como curso navegable hasta Córdoba (Laguna Ramírez, 1997)⁶, e incluso fue

un miembro destacado de los primeros pasos de la que habría de convertirse en la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes cordobesa.

Tras su estancia en España, participó activamente en el inicial desarrollo del Jardín Botánico Imperial de San Petersburgo, fundado por Pedro el Grande en 1714 como Jardín Farmacéutico en la isla de Vorony, el mismo que, tras la revolución de 1917, se convirtió en el Jardín Botánico de la URSS, y en 1930 fue transferido a la jurisdicción de la Academia Rusa de las Ciencias. Se conoce igualmente su participación (de 1826 a 1832) en una expedición botánica a México, recogida en ciertas monografías que analizan las relaciones culturales entre Rusia y México (Richardson, 1988: 51). Igualmente, pasó tiempo en Brasil con el barón Langsdorff y el pintor Johann Mauritz Rugendas, participando en los ensayos naturalistas de la granja del primero y en sus expediciones científicas al Amazonas y otros enclaves del país suramericano.

Menos conocido es el «ingeniero de puentes y calzadas» Joaquín Rillo, asistente de Karvinsky. El título profesional debió de conseguirlo en la primera Escuela de Caminos de Madrid, situada en el Palacio del Buen Retiro, si bien sabemos que inició su formación técnica en la Academia de San Fernando (Gentil Baldrich, 1997, p. 66). Por los trabajos de E. Pardo Canales y J. M.^a Gentil sabemos que su nombre completo era Joaquín Rillo Legido, natural de Priego (Cuenca), que se matriculó en la Academia de San Fernando el 11 de febrero de 1797 y, posteriormente, el 9 de octubre de 1799, lo hizo en la Escuela de Caminos de Madrid, concluyendo como integrante de su tercera promoción en 1806.

Fruto de la decisión de José I de reclutar a los españoles que destacaban en el cultivo de las ciencias (Bertomeu Sánchez, 1996), Rillo formó parte del grupo de técnicos «afrancesados» que acompañaba a la guarnición napoleónica que recaló en Córdoba. Caído en desgracia tras la caída de José I, una vez restaurada la monarquía borbónica fue rehabilitado en sus responsabilidades, hasta el punto de integrar en 1823 la Dirección General de Caminos (Gentil Baldrich, 1997).

2. TÉCNICAS Y RECURSOS CARTOGRÁFICOS EMPLEADOS

La realización del plano no fue una tarea fácil, dada la falta de precedentes útiles y las limitaciones técnicas

⁵ Francisco Angulo (1774-1814) fue inicialmente nombrado comisario regio de Córdoba, director general y visitador de minas, y director de la Casa de la Moneda de Madrid. Tras actuar temporalmente como ministro del Interior, siendo consejero de Estado, completó su ascenso en la administración de José I al ser nombrado ministro de Hacienda en agosto de 1810 (*Gaceta de Madrid*, núm. 244, de 1 de septiembre de 1810).

⁶ Referencias a los trabajos realizados por Karvinsky en el curso del Guadalquivir se reproducen años después en sendos artículos del *Diario de Córdoba*, ambos titulados «La navegación del Guadalquivir entre Córdoba y Sevilla». El

primero se recoge en la edición del 6 de septiembre de 1913. El segundo el día siguiente, 7 del mismo mes y año.

que complicaban la realización de una edición moderna y científica. En la leyenda del plano aparece la relación de las singularidades técnicas que se utilizaron para su confección, teniendo muy presente que la mayor parte de las tareas se sustentaron en el trabajo de campo y la observación directa de la información paisajística de la ciudad.

El procedimiento usado para su levantamiento se basó en la denominada «geometría subterránea» (Núñez de las Cuevas, 1982), habitual en el trazado de minas (Karvinsky era ingeniero de minas) por la imposibilidad física de aplicar en ellas la triangulación, circunstancia aplicable también a la urbe cordobesa por la inexistencia de una red de triangulación a escala nacional. El procedimiento generó errores, como la representación casi recta del trazado del río, la defectuosa orientación del conjunto histórico, el alterado trazado de las murallas y las deformaciones en la orientación y la geometría formal de las manzanas.

En cuanto a la escala, se pretende ofrecer por primera vez una fórmula homogénea para el conjunto urbano. En la transición entre el sistema de medidas español y el sistema métrico decimal se opta por la equivalencia de ambos sistemas: «Escala de Cien estados decimales de à dos Baras [sic] castellanas cada uno». Sin embargo, la escala no alcanzó homogeneidad planimétrica y adolece de ciertas deformaciones evidentes, atribuibles a la falta de una triangulación superficial adecuada. En todo caso, una evaluación en detalle permite afirmar que la escala aproximada sería equivalente a 1/1.200, una escala de gran detalle, especialmente apropiada para el diseño y planeamiento de un área urbana como la que nos ocupa.

Igualmente, el plano representa una sencilla rosa de los vientos que indica los puntos cardinales y la variación o declinación magnética positiva, pues la línea que señala el norte magnético aparece inclinada hacia el este con respecto al norte geográfico.

Curiosa es la orientación general, la de un «plano sureado», es decir, que sitúa el sur arriba y el norte en la parte inferior del documento, imagen que extraña dado el convencionalismo septentrionalista actual. Pero esto no siempre fue así, pues existen ejemplos de orientación a levante (Jerusalén dentro del mundo conocido desde Europa) y al sur (La Meca era la referencia), a lo que colaboraría la obra del ceutí Muhammad al-Idrisi (1100-1165)⁷.

Otros aspectos a destacar son el uso de una visión planimétrica cenital o perpendicular al suelo, lo que permite

obtener una imagen y un campo de visión orientados de arriba abajo, favoreciendo la visión íntegra del espacio analizado, al tiempo que otorga a la representación un equilibrio en las deformaciones registradas para la medida de superficies, distancias y ángulos.

La disposición de los elementos representados se basa en el uso de polígonos, líneas y punteados. Los polígonos representan las superficies ocupadas por las manzanas que constituyen la estructura de la ciudad y definen la red viaria. Por otra parte, no se representa ningún edificio en perspectiva o elevación, lo que otorga una visión homogénea de la trama urbana, al tiempo que una visión más utilitaria y menos simbólica. Las líneas se emplean también para marcar elementos lineales relevantes, barreras longitudinales o corredores del paisaje urbano. Son el símbolo gráfico empleado en las murallas o los caminos que parten de las distintas puertas de la ciudad.

La técnica del punteado es común en la representación del Guadalquivir, sus márgenes, sus islas fluviales y la vegetación de huertas y paseos periurbanos que delimitan el antiguo casco histórico de la ciudad. Se acompaña con ciertas formas circulares que representan arboledas que definen las tierras cultivadas, sus lindes o la presencia de paisajes ornamentales en paseos, huertas y jardines extramuros de la ciudad.

Se añade la información alfanumérica para la toponimia del callejero, puertas de la muralla, parajes y edificios religiosos o civiles singulares, lo que supone una valiosísima información de la ciudad y su periferia, permitiendo reconstruir la huella nominativa de los lugares de la ciudad que, en muchos casos, han permanecido fosilizados en el callejero actual o en la memoria colectiva de los cordobeses.

3. LOS PROPÓSITOS DEL PLANO DE LOS FRANCESES

En un escenario socioeconómico y político como el de Córdoba entre 1808 y 1812 (Bernardo Ares, 1989, pp. 660 y ss.), con un déficit municipal arrastrado desde tiempo atrás y agudizado con la ocupación francesa (Cuesta Martínez, 1985), cuando los pocos recursos eran absorbidos en el sustento y la logística de los invasores, resulta sorprendente el interés por un proyecto cartográfico como el que nos ocupa. ¿Qué impulsó a ello? ¿Cuáles fueron sus propósitos?

El impulso viene de la inexistencia de una información urbana coherente y práctica que permitiera dominar, controlar y planificar. Ningún documento recogía, por ejemplo, las dimensiones del área urbana, la localización

⁷ Su obra principal fue el conocido como el *Libro de Roger o Rogelio*, realizado por encargo del rey cristiano de Sicilia Rogelio I. Vio la luz en 1154 e incluía un mapamundi sureado: la *Tabula Regeriana* (Banse, 1945, p. 40).

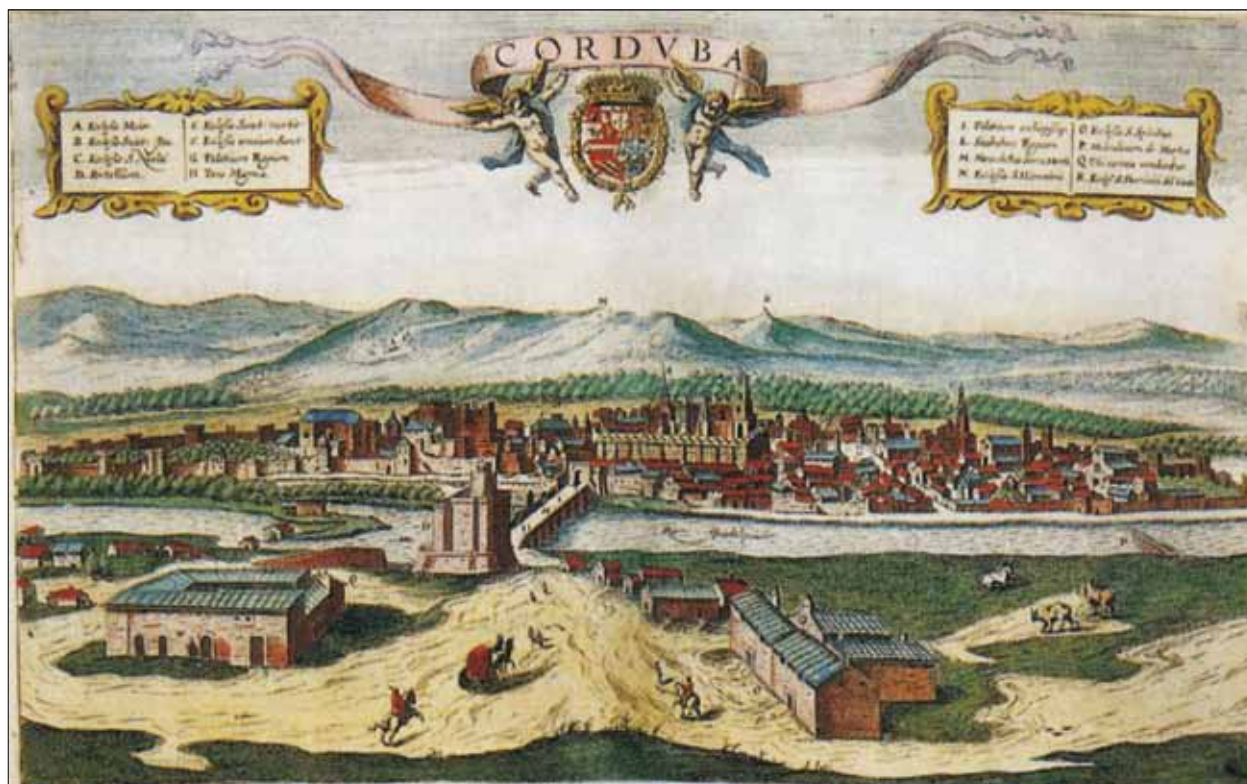


FIG. 2. En la *Vista de Córdoba* de J. Hoefnagel (siglo XVI) se aprecian ya los rasgos fundamentales de la ciudad, incluyendo su cerca periférica y la huella de la muralla interior, ocupada por la calle de la Feria.

de sus elementos, las relaciones espaciales entre ellos o la toponimia de sus rincones. En esta situación el municipio debió de considerar el plano como un imperativo, pues su falta habría de retrasar aún más el advenimiento de la modernidad a una Córdoba todavía «anclada en la Edad Media».

- a) Disponer de una herramienta que sintetizara la información geográfica, urbana, natural y toponímica de la ciudad.
- b) Recopilar y ordenar la información requerida para la gestión administrativa y militar de la ciudad, convirtiéndose en un diagnóstico de recursos urbanos, así como en su inventario.
- c) Conocer las singularidades humanas y naturales de la ciudad con fines fiscales y militares, lo que convierte al plano en un instrumento de poder sobre el territorio y sobre quienes lo habitaban.
- d) Facilitar el acceso a la contemporaneidad social y urbanística, dotando al municipio de unos rudimentos técnicos e informativos que propiciaran mejoras sanitarias, control del tráfico y los acce-

sos comerciales, la implantación de servicios públicos adecuados, etc.

- e) Por último, el Plano de los Franceses será la semilla cartográfica de posteriores realizaciones: plano de 1851, realizado por José María de Montis y Pedro Nolasco, o el magnífico plano ejecutado en 1884 por Dionisio Casañal y Zapatero.

IV. LA CIUDAD Y EL PAISAJE URBANO REPRESENTADO EN 1811

El Plano de los Franceses permite reconstruir el paisaje urbano de hace doscientos años, que en muchos aspectos es el mismo heredado desde la Edad Media. Sin embargo, aquí y ahora sólo podemos dar unas pinceladas breves sobre el tema, remitiendo a otros investigadores⁸

⁸ Las aportaciones más destacadas han sido las de A. López Ontiveros (1981), C. Martín López (1981, 1982, 1986a, 1986b, 1990 o 1991), F. R. García Verdugo (1986, 1992, 1994), etc.

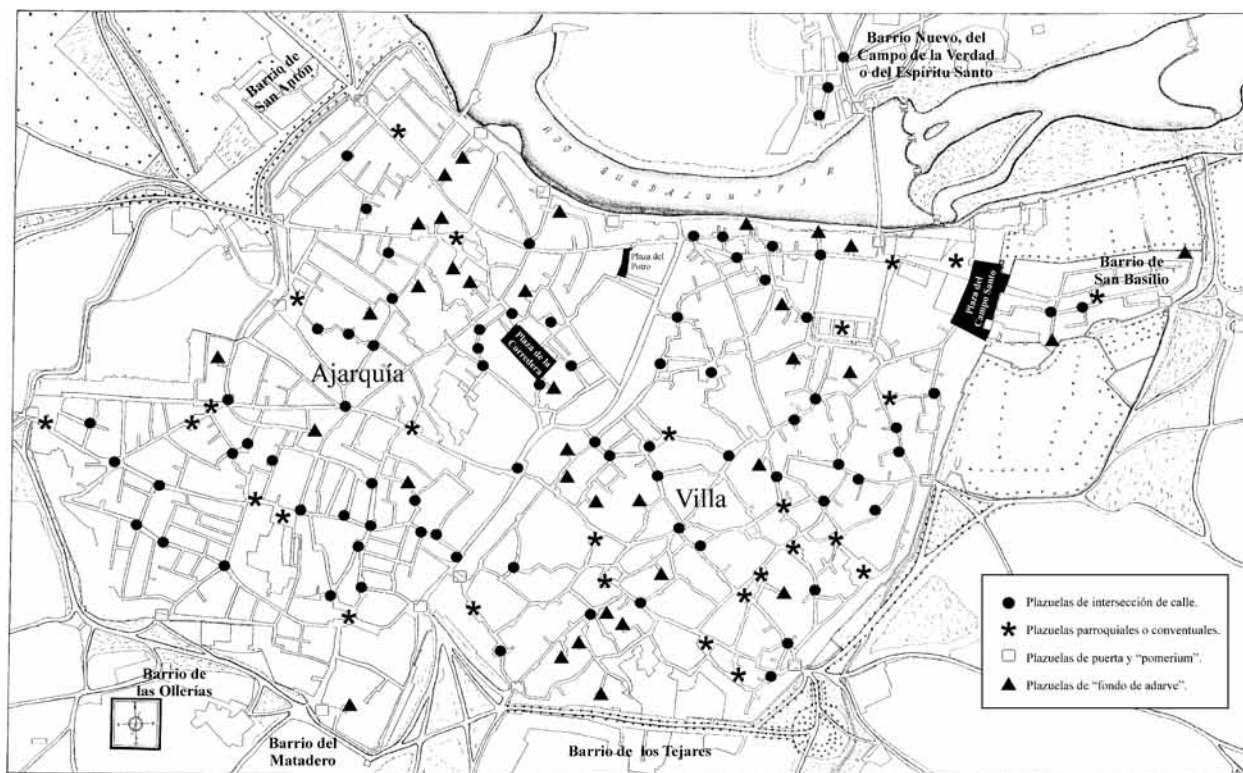


FIG. 3. Plazas y plazoletas representadas en el plano de Karvinsky-Rillo de 1811. Elaboración propia.

para el conocimiento detallado de aquella urbe decimonónica.

La ciudad aparece aún prácticamente encerrada en sus murallas, en las que trece puertas daban acceso a las principales vías de salida y entrada. La dimensión del área intramuros era de unas 205 ha y quedaba dividida en dos grandes unidades, separadas entre sí por una muralla interior: a poniente se situaba la Villa, que representaba a grandes rasgos la herencia urbana de la antigua Corduba Colonia Patricia o de la antigua medina islámica; a levante se levantaba la denominada Ajarquía, evidencia del antiguo arrabal islámico amurallado entre los siglos XI y XII.

Extramuros quedan cinco arrabales y el ruedo hortofrutícola que abastecía y adornaba a la ciudad (Fig. 1). De modo casi telegráfico éste era el detalle: al sur encontramos el arrabal del Campo de la Verdad o barrio del Espíritu Santo, configurado en el meandro de Miraflores, donde estuviera el antiguo arrabal islámico de Saqunda. Al norte, los arrabales de Tejares, Ollerías y del Matadero, relacionados con puertas de la muralla como Osario, el Rincón o del Colodro; al este, asociado al Camino Real, se situaba el arrabal de San Antón, también vinculado a ciertas manufacturas y a complejos religiosos

extramuros (San Sebastián, Nuestra Señora de la Fuensanta, conventos de San Juan de Dios, el Carmen o de Madre de Dios).

En el resto de la periferia, además de huertas, campos y algún tejear disperso, destacaban recintos religiosos como la ermita de la Salud y el convento franciscano de la Victoria, emplazados en el ruedo occidental. Asimismo, ejemplos del ordenamiento urbano cordobés del XVIII, en esta periferia extramuros también aparecen los paseos del Campo de la Victoria y los Tejares, área ajardinada que en 1811 se completaría con los Jardines de la Agricultura (Martín López, 1990).

1. LOS ELEMENTOS DEL PAISAJE URBANO

El paisaje urbano, de manera genérica, puede comprenderse como la relación dinámica entre dos grandes conjuntos de elementos interrelacionados: el primero es el «espacio construido» o «cerrado», siempre erigido por el hombre; el segundo es el designado como «espacio abierto» o «libre», que puede ser de origen humano o estrictamente natural. Estos dos elementos físicos del

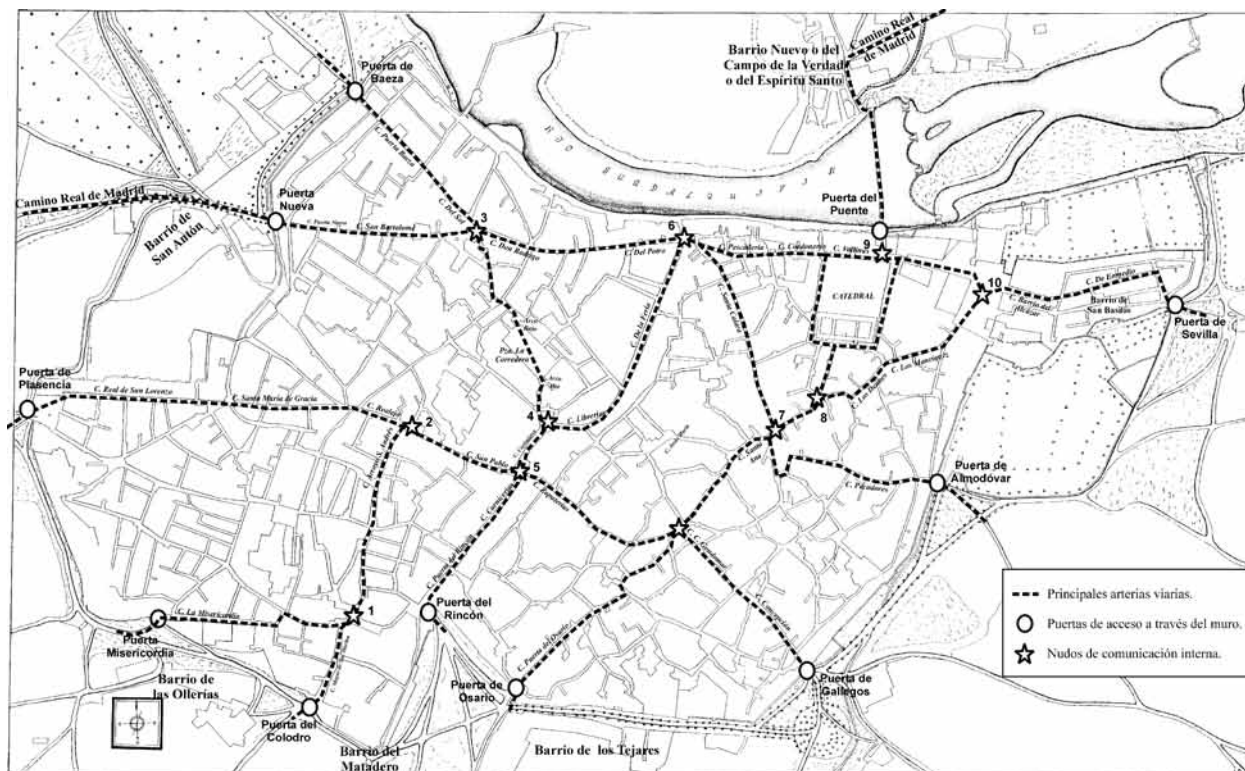


FIG. 4. Ejes viarios, puertas y nudos de comunicación interna principales de la ciudad de Córdoba en 1811. Los enclaves indicados como «nodos de comunicación interna» son los siguientes: 1) plaza de Santa Marina; 2) plaza de San Andrés; 3) plaza de San Pedro; 4) Espartería; 5) plaza de San Salvador (Capitulares); 6) plaza de Pescaderías; 7) Santa Ana; 8) Blanco Belmonte; 9) plaza del Triunfo del Puente, y 10) plaza del Campo Santo. Elaboración propia.

paisaje urbano evolucionan según tres circunstancias principales: el trazado del plano urbano, la edificación y, en tercer lugar, el uso del suelo. Veamos cómo eran tales aspectos en la Córdoba de 1811 y qué singularidades ofrecían según el plano de Karvinsky-Rillo.

A) El «espacio abierto» o el trazado del plano urbano

El entramado de calles, rincones, plazas y plazoletas sigue mostrando una herencia de claras raíces medievales y modernas. Calles angostas, quebradas y zigzagueantes que componen un plano urbano laberíntico a resultas de un desarrollo carente de planificación global y, consiguientemente, consecuencia de una evolución urbana definida por un marcado desequilibrio entre el «espacio construido» y el «espacio abierto»; ello se traduce en grandes manzanas de forma y tamaño irregulares, así como en la subsistencia de calles sin salida (*cul-de-sac*, *adarves* o *azucaques*).

Es un modelo de ciudad orgánica no planificada y con pervivencia de las raíces bajomedievales islámica

y cristiana. La vía pública, en virtud de las costumbres barajadas por el *al-Urf* (Shinaq, 2001, p. 13) o por la privatización consentida desde el municipio (Loma Rubio y otros, 1997, p. 355), cambian superficie y forma ante la presión del espacio construido y privado. «La evolución de la ciudad islámica era pues fruto de la iniciativa privada, con el solo límite de no causar perjuicio a ningún otro vecino» (Torres Balbás, 1952 y 1953). Más regular y ordenada resulta la estructura de los enclaves de trazado cristiano bajomedieval, de lo que es buena muestra el cierto orden patente en la Ajarquía o la vertebración viaria del antiguo barrio del Alcázar Viejo o de San Basilio (López-Mezquita Santaella, 1997, p. 239), fundado en el siglo xiv.

Llamativa es la escasez de plazas públicas, con la excepción de la Corredera, concluida a finales del siglo xvii. Los espacios nodales abiertos son de escasa dimensión, de morfología irregular (resultado de siglos de apropiación del medio público) y, a veces, meras aperturas en las calles confluyentes (Loma Rubio y otros, 1997). Ello da lugar a un paisaje salpicado de numerosas plazoletas, de

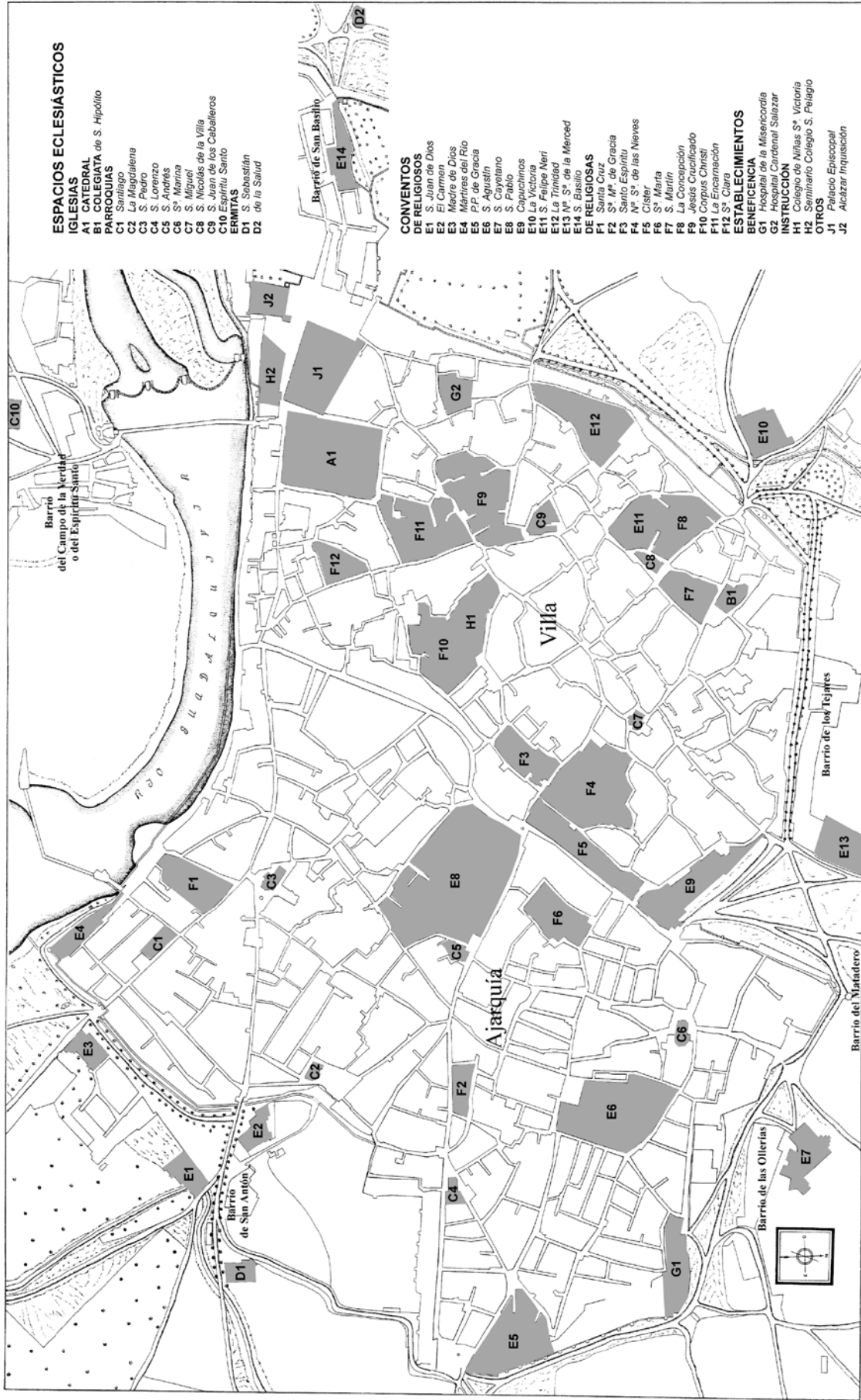


Fig. 5. Espacio religioso construido en la Córdoba de 1811. Habría que añadir las ermitas urbanas que no se identifican. Elaboración propia (escala aproximada 1:11.100).

las que podemos establecer una tipología según su origen y emplazamiento (Fig. 3).

Unas se configuran en la intersección de varias calles, facilitando el trasiego de personas y mercancías. Otras se sitúan en las inmediaciones de las parroquias y edificios religiosos singulares, albergando generalmente sus viejos cementerios o el compás de antiguos cenobios. Y no faltan aquellas que ocupan el antiguo *pomerium* tras las puertas de la ciudad, que facilitaban el acceso a la urbe, el control fiscal o el emplazamiento de mercados junto a las murallas. Por último, señalamos la presencia de pequeñas plazuelas de «fondo de calleja» o «de adarve» (Loma Rubio y otros, 1996), que generalmente han configurado buena parte de la imagen tradicional del urbanismo cordobés.

En este escenario, del total de 482 calles existentes (Ramírez y de las Casas-Deza, 1976), según la localización de las puertas de la ciudad y la disposición de los caminos, podemos establecer los recorridos urbanos más destacados, con una disposición más rectilínea y una mayor amplitud entre fachadas para facilitar el tránsito de caballerías y carruajes por la urbe y abastecer a los mercados distribuidos por plazas, plazuelas y alguna calle como la de la Feria (Fig. 4).

B) *El «espacio construido» o las edificaciones*

La población de la ciudad, no más de cuarenta mil habitantes, en su mayoría se ocupaba en el sector primario y la artesanía, con una débil actividad industrial y una precaria estructura comercial y de servicios, con la única excepción de la abundante población «sirviente» (López Ontiveros, 1981, p. 128). Habitaban un total de 4.476 viviendas, un 40,1 % en la ciudad alta o Villa y el 59,9 % lo hacía en la más amplia superficie de la Ajarquía (Ramírez y de las Casas-Deza, 1976).

El modelo o tipo de vivienda tradicional cordobesa está definido por la denominada «casa con patio», tipología debidamente contrastada por diversos autores (Ramírez y de las Casas-Deza, 1976, p. 102; Montis, 1923a, p. iv-65). Sin embargo, es también cierto que la tradicional descripción de la vivienda cordobesa adolece de cierta generalización, ya que han de considerarse aspectos (que no podemos desarrollar aquí) más allá del patio como eje articulador y común a la vivienda mediterránea (véase García Molina, 1997, p. 414).

Además de las viviendas de tradición vernácula (en su mayoría habitadas en régimen de alquiler), un área muy significativa del casco urbano estaba dominada por conventos o iglesias, hospitales, colegios religiosos,

etc. De la importancia cualitativa y cuantitativa de estas construcciones no domésticas da buena cuenta el Plano de los Franceses, en el que los edificios religiosos singulares convierten a Córdoba en un ejemplo de lo que podríamos llamar una «teociudad»: parroquias, ermitas, conventos y fundaciones religiosas ocupaban una extensísima superficie, a lo que habría que sumar las viviendas del cabildo catedralicio o de ciertas órdenes monacales que, si bien tenían uso residencial, incrementaban aún más la propiedad del suelo en manos de la titularidad eclesiástica.

Parroquias y monasterios, que fueron desde el siglo XIII las células articuladoras de las antiguas barriadas, se perpetúan en el tiempo como símbolos de la arquitectura representativa y estética de la ciudad, a la par que suministran al paisaje urbano una verticalidad que contrasta con el predominio horizontal de las viviendas comunes. Serán precisamente estos monumentos los que permitan testar las mutaciones estilísticas, desde los principios gótico-mudéjares a los postulados neoclásicos, pasando por el Renacimiento y el Barroco (Fig. 5).

El Plano de los Franceses, en definitiva, plasma con eficacia ese predominio del «espacio construido» religioso, ubicando con su topónimo los «ex conventos», monasterios, parroquias, ermitas y otras construcciones definidoras del paisaje de la ciudad y piezas esenciales de las futuras transformaciones (López Ontiveros, 1981, p. 136; Anguita González, 1984, p. 85; García Verdugo, 1997, p. 375).

C) *Los usos del suelo*

Los distintos usos definen a la ciudad como un espacio fragmentado, articulado por los múltiples flujos que se establecen por la circulación de personas, mercancías, capitales e inversiones. Estos usos del suelo son, por supuesto, el reflejo de una sociedad profundamente desigual, con áreas residenciales segregadas que reflejan la compleja estructura de grupos sociales y sus diferencias socioeconómicas.

Interpretando el plano de 1811, cabe la probabilidad de identificar las principales funciones urbanas de acuerdo con el tipo de actividades más destacadas (administrativa, industrial, comercial, religiosa, académica, turística, etc.), lo que facilitará la caracterización socioeconómica de los distintos barrios: áreas residenciales nobles o burguesas, barrios populares o marginales, etc. Incluso debe permitir la tipificación de los lugares simbólicos de la ciudad: monumentos históricos o religiosos, lugares sagrados, etc.

Pero la caracterización completa de las actividades urbanas difícilmente puede conseguirse directamente de un plano, y ha de contar con otras fuentes bibliográficas o archivísticas complementarias. En este sentido, la frecuente impenetrabilidad de las grandes manzanas complica la posibilidad de desentrañar la estructura de las zonas edificadas y la funcionalidad precisa de sus construcciones. No obstante, como primera particularidad, podemos afirmar la escasez de actividades que aparecen reflejadas con precisión en el Plano de los Franceses. Por ello, dado el exiguo desarrollo industrial y la debilidad del sector servicios, resulta un paisaje urbano económicamente monótono y especialmente apegado a las actividades primarias en sus huertas interiores, ruedos, trasrue-dos y el extrarradio de su municipio (López Ontiveros, 1981, p. 131).

A este monocultivo económico debe añadirse la ya citada relevancia religiosa de la urbe cordobesa, toda sembrada de fundaciones, parroquias y otros establecimientos de titularidad eclesiástica. El centro neurálgico se situaba en el conjunto formado por la catedral, el palacio episcopal y el Alcázar, por entonces sede de la Inquisición, si bien no quedaba rincón o calle principal de la ciudad que no contase con ermita, iglesia, colegiata, altar callejero o monasterio.

La escasa industria aparece localizada en la periferia oriental extramuros, junto al Campo de San Antón y el Camino Real a Madrid; en el curso del Guadalquivir (molinos) o en la periferia septentrional, con tejares y alfarerías. Nada nos dice el plano de industrias o artesanías intramuros, aunque es grande el valor cartográfico que se le proporciona a la Fábrica de Cordelería, en el Campo de San Antón. El propio Ramírez de Arellano, en sus *Paseos por Córdoba*, destaca el valor industrial del sector, haciendo hincapié en la existencia de fábricas de paños, cáñamo y fósforos (Ramírez de Arellano, 1985, p. 251).

Las actividades comerciales se concentraban en las inmediaciones de las puertas de la muralla y en las plazoletas que salpicaban el casco urbano, si bien el área comercial por antonomasia estaba en la plaza de la Corredera y la calle de la Feria (Naranjo Ramírez y López Ontiveros, 2011, pp. 57-67), a las que se sumarían otras plazas menores como San Agustín, La Compañía, El Potro, etc. (Montis, 1923b). Asimismo, pervive una toponimia gremial y comercial, casi toda ella situada en el área comprendida entre la Villa y la Ajarquía. Calles como Pescaderías, Carnicerías, Zapaterías, Librerías; incluso la ya conocida como «plaza de las Tendillas», destinada a convertirse en nuevo centro de Córdoba.



FIG. 6. San Lorenzo era una de las parroquias históricas que conservaba en 1811 espacio dedicado a cementerio. Grabado de F. J. Parcerisa.

Acerca de las actividades culturales y educativas, sólo cabría mencionar la identificación del Colegio de Santa Victoria⁹, en la calle de los Estudios; y la también institución religiosa del Colegio de San Pelagio¹⁰, aunque sin referencia a otros centros que ya existían en la ciudad, como es el Colegio de la Asunción.

En cuanto a servicios sanitarios sólo se identifican los hospitales del Cardenal (ocupado por la soldadesca bonapartista) y el Hospital de la Misericordia, en el ángulo nororiental de la muralla de la Ajarquía. Imprecisa es también la información de los cementerios, de los que el Gobierno francés fundaría (1811) el primero estable, junto a la ermita de Nuestra Señora de la Salud. Otra referencia a antiguos cementerios parroquiales aparece en

⁹ Acerca de los orígenes de la institución y su evolución, véase Ramírez de Arellano (1985, p. 433).

¹⁰ Fundado en 1583, durante la ocupación francesa, según expresa Ramírez de Arellano en *Paseos por Córdoba* (1985, p. 599), su actividad cesó para albergar el parque de artillería del ejército. En el Plano de los Franceses, sin embargo, aparece rotulado como «Colegio de San Pelagio».

San Lorenzo, práctica que desde el reinado de Carlos III pretendía erradicarse por razones de seguridad higiénica.

Los servicios político-administrativos se concentraban en la calle de las Casas Capitulares, en un espacio céntrico entre Villa y Ajarquía. Allí, inmediata a la plaza de San Salvador, se situaba la casa municipal, que, a mediados del siglo xx, sería sustituida por el actual edificio del Ayuntamiento.

Las áreas de esparcimiento urbanas, sin reflejo como tales en el plano, se situaban en La Corredera (lugar de festejos y corridas taurinas) (López Ontiveros y Naranjo Ramírez, 2007), la calle de la Feria, las inmediaciones de la catedral (sobre todo con motivo de actos litúrgicos), los ejes viarios principales y ciertas plazoletas. Extramuros, en la periferia próxima, servían de lugar de esparcimiento el curso del Guadalquivir (Aranda Doncel, 1997, p. 331), los paseos de la Victoria, de Tejares y San Antón, así como las huertas y proximidades de enclaves como las ermitas y monasterios cercanos.

En el otro extremo de tales espacios lúdicos se encuentra la identificación de indudables espacios insalubres, degradados y alterados, como es el caso del amplio muladar de la Trinidad, que ocuparía parte de la actual calle López de Hocés, junto a la antigua muralla occidental.

Hasta aquí una potencial distribución de los usos del suelo urbano y periurbano de la ciudad a principios del siglo xix, justo en el momento previo a las reformas urbanísticas, sociales y políticas que modificarían sustancialmente el número y distribución de las actividades urbanas y sus equipamientos públicos, alterados por la llegada del ferrocarril¹¹, por los procesos desamortizados de los bienes religiosos y por el progreso socioeconómico de la ciudad.

2. HUERTAS Y JARDINES

La presencia de un importante número de huertas se hacía indispensable en una economía autárquica, si bien, además en el plano se detecta la inicial aparición del concepto urbanístico de «jardín» o «zona verde» pública, concebida como una reconstrucción estética y funcional de la naturaleza al servicio de la comunidad ciudadana.

Un primer elemento de interés se refiere a la presencia de huertas que abastecían de numerosas y esta-

cionales mercancías a los mercados locales. El caudal hídrico procedía de arroyos y pozos, con elementos tradicionales como la noria y la alberca; eran parcelas de corta extensión, con cerramientos vivos o artificiales para proteger los cultivos y aperos, y un sistema de explotación definido por el policultivo. El cinturón verde de los ruedos definía la imagen de la urbe contemplada por el viajero que llegaba a través de las vías principales. Algunos ejemplos perfectamente identificados en el plano son la huerta del Alcázar, la conocida como «huerta del Rey», entre las puertas de Sevilla y Almodóvar, etc. Pero prácticamente toda la periferia amurallada (con las excepciones que veremos) exhibía esas huertas de hortalizas y arbolado diverso, salpicadas también por predios de secano, baldíos, ermitas, caminos, arrabales, tejares y alguna que otra vivienda huertana escoltada por el pozo, noria, alberca, gallinero, conejera y cochiguera (Montis, 1923c). Así, prácticamente invariables, permanecerían los ruedos de la ciudad al menos hasta mediados del siglo xx (Torres Márquez, 2006), conservando tanto su función económica como lúdica hasta su progresiva urbanización y desaparición.

Pero huertos también existían en el interior del espacio edificado. El plano no nos proporciona el detalle de la totalidad de los huertos urbanos, aunque sí que identifica los grandes huertos de los monasterios de San Pablo, Padres de Gracia y San Agustín de la Ajarquía. Lo mismo cabe decir del huerto de San Basilio, asociado al antiguo convento del barrio homónimo; del huerto del Campo Santo, o de las extensas huertas intramuros del Alcázar. Estos ejemplos, usuales en la concepción autárquica de los cenobios, muestran la importancia paisajística de tales huertos, los más extensos, aunque debían existir otros de menor envergadura conectados a patios y corralones de la ciudad y que no se nos presentan con idéntica nitidez. En cualquier caso, es evidente que estas huertas relajaban la tensión constructiva de las amplias manzanas que configuraban el espacio edificado, si bien, al tratarse de espacios reservados o privados, protegidos por paredes y cercados, el viandante no se apercibía de su existencia. Más tarde, en la segunda mitad del siglo xix y en el xx, los procesos desamortizadores y la reactivación del mercado del suelo darían al traste con la mayoría de estos «pulmones», que serían literalmente depredados por la necesidad de nuevos equipamientos municipales o nuevas viviendas.

En lo relativo a jardines y nuevas zonas verdes, el plano de 1811 ya señala la existencia de las que habrán de convertirse en las primeras muestras del ornato público, «patrimonial y natural» de la urbe, especialmente

¹¹ Acerca de la llegada del ferrocarril a Córdoba y su trascendencia véase Moya Milanés (1981), Casaño Salido (1986), Rodríguez Lázaro (2000, p. 30).

a la menor relevancia que por entonces podían tener las puertas situadas en este trayecto. También queda al margen de tales mejoras la totalidad del perímetro oriental, con la excepción del Campo de San Antón, donde encontramos un nuevo paseo que unía las puertas de Baeza y Nueva, prolongado a levante a través del importante Camino Real de Madrid, por entonces la principal vía de comunicación entre la ciudad y la corte.

No se observa tampoco síntoma de ornato vegetal en los alrededores de la Puerta del Puente; esta asimetría respecto al paseo de San Antón se sustenta quizá en la fragilidad natural y fluvial de los alrededores de la Puerta del Puente y, más aún, del propio meandro de Miraflores y el arrabal de Barrio Nuevo o del Espíritu Santo (Campo de la Verdad). Por otra parte, era éste un enclave de la ciudad que ya contaba con trascendentales valores estéticos derivados de la propia concentración monumental: la Calahorra, el puente romano, la Puerta del Puente, el Alcázar de los Reyes Cristianos, el palacio episcopal, el Triunfo de San Rafael y la catedral.

3. LAS MURALLAS Y PUERTAS DE LA CIUDAD

Elemento destacado y emblema de la ciudad preindustrial es la muralla (Serrano Segura, 1991). Con planta que a algunos recuerda al perfil de un león (Nieto Cumplido, 1973), definía los límites legales y urbanísticos de Córdoba. Era el símbolo de la fundación clásica, representación tangible del esplendor islámico, escenario de los heroicos episodios militares de la Reconquista y de las numerosas tiendas bajomedievales, modernas e incluso contemporáneas (Martín López, 1997, p. 421), sin que hubiese perdido en el siglo XIX sus funciones militares, paisajísticas, sanitarias, sociales, políticas o fiscales (Martín López, 1997, p. 421). Las murallas eran, además, una insignia del abolengo de la ciudad, que, sin embargo, llegarían a considerarse una de las principales causas del «subdesarrollo» de la misma, conduciendo en no pocos casos a la destrucción de puertas y murallas. Un caso claro en que la ciudad ha sido testigo de la desgracia del patrimonio en aras del «progreso».

La lectura de nuestro plano hace evidente que algunas puertas y lienzos del muro ya habían desaparecido, pues los derribos están constatados desde finales del reinado de Carlos III. Pero será en la segunda mitad del siglo XIX, sobre todo a raíz de las tensiones motivadas por la llegada del ferrocarril, cuando la ciudad acometería la verdadera destrucción del recinto fortificado. A estos motivos se sumaría la convicción de que la modernidad era imposible

sin extirpar esas murallas y puertas anacrónicas, que, con las contrarias voces de la Comisión Provincial de Monumentos, se aceptaba que guillotaban la prosperidad, el ornato, la salubridad y la libertad de movimiento de mercancías y personas (Martín López, 1997, p. 423).

La primera demolición registrada documentalmente fue la Puerta de Toledo o Puerta del Bailío (1721), que comunicaba el área del convento de Capuchinos (Villa) con Carnicerías y Puerta del Rincón (Ajarquía), generando uno de los rincones más singulares del paisaje histórico de la ciudad: la cuesta del Bailío (Orti Belmonte, 1966, p. 74; Barbado Pedrera, 1997, p. 342).

También el terremoto de Lisboa (1755) afectó a las murallas, aconsejando en muchos casos su derribo por razones de seguridad; fue el caso de la Puerta de Martos, situada junto al molino homónimo, que en el plano no se representa, aunque el lugar de su emplazamiento sí conserva su nombre tradicional (Escobar Camacho, 1987, p. 152). En 1761 desaparece la barbacana que se extendía entre las puertas de Andújar y Plasencia, en 1786 sabemos del desplome de la muralla entre Puerta Nueva y la Puerta de Baeza y en 1799 se derribaba el lienzo comprendido entre la Puerta de Osario y el convento de Capuchinos (Aranda Doncel, 1997, p. 323).

Aunque el apogeo de tales destrucciones está focalizado en el Bienio Progresista (1854-1856) y en el Sexenio Revolucionario (1868 a 1874) (Martín López, 1997, p. 423), todas estas pérdidas aparecen plasmadas con fidelidad en el Plano de los Franceses (Fig. 7), lo cual no extraña dada la cercanía cronológica de la ocupación napoleónica y la familiaridad que el propio Karvinsky debió de tener de estas estructuras defensivas. Tales circunstancias avalan al plano como documento expresivo de las defensas de la ciudad en el momento posterior a las primeras reformas de las murallas y anterior a las más destructivas labores llevadas a cabo en la segunda mitad del siglo XIX. Merece la pena, por ello, un breve recorrido perimetral por esta cerca cordobesa.

Iniciemos el recorrido en la monumental Puerta del Puente. Hacia poniente se desarrollaba la muralla meridional, inmediata al curso del Guadalquivir, con la Albolafia y sus sotos. Interior a ella se encontraban las defensas del Alcázar de los Reyes Cristianos y las murallas que abrazaban a su extensa huerta, donde seguían ubicados los calabozos y dependencias de la Inquisición. En el plano aparece nítidamente representada la cerca del Alcázar, con la emblemática torre de Guadalcaabrilla, así como el propio castillo alcazareño coronado por diversas torres. La muralla, más allá del castillo, custodia también el barrio cristiano del Alcázar Viejo o de San Basilio, so-



FIG. 8. A través del puente romano y la Puerta del Puente comunicaba la ciudad con el tráfico de personas y mercancías procedentes del sur. Grabado de Francisco J. Parcerisa.



FIG. 9. Puerta de Almodóvar, que fuera lugar de entrada al castillo de la Judería, en una imagen de principios del siglo xx. Fotografía: R. Garzón.

breprotegido a poniente con los restos de una barbacana que en tiempo de los franceses aún se conservaba. En el giro de la muralla hacia el norte, para defender el flanco occidental de la huerta del Alcázar, se situaba la tabicada Puerta de los Sacos, que permanecía cerrada desde el siglo xvii y que el plano de 1811 no representa (Escobar Camacho, 1987, p. 141).

Al barrio de San Basilio se accedía por la Puerta de Sevilla o de los Drogueros, en cuyos aledaños se erigía una torre albarrana que hoy continúa unida al muro por dos arquillos de herradura que, en tiempos, pudieron ser conductores de agua al interior del Alcázar. Esta sólida fortificación debió de construirse en el reinado de Enrique II de Castilla (1333-1334), aunque es muy probable que pudiera contar con precedentes andalusíes (Escobar Camacho, 1987, p. 135). Y enfrente se encontraba la ermita de Nuestra Señora de la Salud, donde se edificaba por entonces el primer cementerio estable de la ciudad.

Extramuros quedaba también el huerto del convento de San Basilio y la más extensa huerta del Rey, guarecidas ambas tras alto muro. El agua les llegaba del manantial serrano de la Albaida, que, en la Puerta de Almodóvar, antes de entrar en el cercado, permitía el abastecimiento público de la ciudadanía utilizando una alcubilla (López Amo, 1997).

Todavía en las inmediaciones de la huerta del Rey interesa la representación que el plano ofrece, intramuros, del lienzo de muralla que se conservaba del antiguo castillo de la Judería¹⁴, junto a la denominada «huerta del Campo Santo». Sin embargo, curiosamente, no se representa la subsistencia de la Torre de Belén, defensa que

¹⁴ Antigua construcción militar andalusí aprovechada por los judíos que llegaron a Córdoba a partir de 1236. Desapareció en su mayor parte tras su asalto y destrucción en la más importante revuelta antisemita de la Córdoba bajomedieval, que tuvo lugar en junio de 1431 (Peláez, 2003).



FIG. 10. Con carácter exento respecto al cerco se encontraba la torre albarrana de la Malmuerta (foto de Agustín Fragero).

debía de conservarse en 1811, aunque posiblemente enmascarada por construcciones más modernas que dificultaban su visibilidad.

Respecto a la Puerta de Almodóvar, fue en tiempos la entrada al citado castillo de la Judería. La puerta estaba protegida por varias torres adosadas a la muralla y una separada (o albarrana), situada en las márgenes de la alameda del paseo de la Victoria.

Sin aperturas significativas, el cerco de la Villa llegaba a la Puerta de Gallegos, con idéntica localización a la abierta en época romana. Allí, adosadas a la muralla, se conservaban varias torres, así como una albarrana dispuesta entre la puerta y el que fuera convento de Nuestra Señora de la Victoria o de las Huertas (Escobar Camacho, 1987, p. 143)¹⁵. Este torreón sería derruido en 1821, «causando un daño a las artes y la historia» de la ciudad (Ramírez de Arellano, 1985, p. 316).

El cerco seguía hasta definir el llamado «paseo de Tejares», donde principiaba el tramo septentrional de la muralla. Hasta la Puerta de Osario ofrecía el ornato de una alameda inmediata al área residencial y artesanal del barrio de los Tejares, dejando el plano evidencias de que la muralla norte de la Villa ya había desaparecido (o no era visible), levantándose sobre ella nuevas edificacio-

nes, aunque todavía sin accesos y calles que modificaran la estructura interna viaria o construida. Para esto habrá que aguardar a las reformas iniciadas a mediados del siglo XIX al amparo del atractivo del ferrocarril que acabarán conformando un nuevo y moderno ensanche urbano (García Verdugo, 1992 y 1997).

La muralla reaparece al aproximarnos a la Puerta de Osario, donde un acentuado ángulo cobija la que fuera única puerta septentrional que diera acceso ya a la ciudad fundacional romana, pues allí arrancaba el cardo máximo. También conocida como «Puerta de León», «Puerta de la Recta Dirección» o de los «Judíos», mantenía su construcción y acceso al Campo de la Merced, si bien no aparece vestigio alguno de la existencia de la torre albarrana que, al parecer, custodiaba su entrada (Escobar Camacho, 1987, p. 144; Ramírez de Arellano, 1985, p. 357).

Siguiendo hacia levante, la muralla vuelve a desaparecer, pues en su linde con el convento de Capuchinos y hasta la Puerta del Rincón, había sido desmontada en 1799 (Aranda Doncel, 1997, p. 323). Sin embargo, el plano muestra una alineación, la de los muros de la huerta del referido convento, identificable con el trazado originario de la muralla, por lo que se mantenía la impermeabilidad al tránsito como si persistiese el viejo cercado. La Puerta del Rincón, que coincidía con el punto de conexión entre las murallas de la Villa y la Ajarquía, sí que aparece aún en el Plano de los Franceses, ya que su derribo se produjo en 1852.

Tras una corta porción de muralla, el plano de 1811 vuelve a mostrarnos la desaparición física de la cerca en

¹⁵ En el año 1865 y ante la necesidad de la ciudad de incrementar el espacio destinado a la Feria de Nuestra Señora de la Salud, el Consistorio compró el convento de Nuestra Señora de la Victoria para su demolición, utilizando sus viejos huertos como vivero para las plantaciones de los paseos y rondas de la población (Ramírez de Arellano, 1985, p. 318).



FIG. 11. En el lugar llamado de la «Cruz de Roelas», la litografía de George Vivian (principios del siglo XIX) reproduce la muralla del Marrubial, que protegía a la antigua Ajarquía de Córdoba.

su recorrido paralelo a la actual calle Adarve. Como no consta su derrumbe anterior a 1811, entendemos que su fábrica quedó incorporada a la construcción de nuevas viviendas, lo que convirtió al cerco en una estructura fantasma que, sin embargo, se rematerializará por efecto de los derribos de casas, tal y como, de forma fragmentada, puede hoy contemplarse en la referida calle Adarve, en la intersección con la calle Marroquíes.

Nuestro plano sí que expresa la pervivencia de la muralla que rodeaba a la Ajarquía en el ángulo defendido por la Torre de la Malmuerta, que también aparece con su característica localización exenta al cerco (Fig. 10). La muralla continúa hasta la Puerta del Colodro, para desaparecer al este de ésta. La construcción a finales del siglo XVIII de ciertas viviendas sobre la muralla ocultó a la vista los restos del recinto fortificado, que vuelve a aparecer en la por entonces calle de la Misericordia, donde se levantaba el hospital del mismo nombre y la todavía conservada Puerta de la Misericordia, que también se conoció como «Puerta de Alquerque», «Excusada» o «Quemada» (Escobar Camacho, 1987, p. 149).

A partir de aquí se iniciaba (se conserva aún) la muralla almorávide del Marrubial, topónimo que no aparece en el plano y cuyo rasgo más llamativo es la disposición rítmica de numerosas torres hasta alcanzar el recinto del monasterio de los Padres de Gracia y la denominada «Puerta de Plasencia», la cual no aparece representada, denominando a la plaza interior que la guardaba como

«de los Padres de Gracia». En este punto desaparece la linealidad de la muralla, lo que podría indicar su desvanecimiento puntual, quizá motivado por la ejecución en el siglo XVII del convento y templo de los Padres Trinitarios. Aun así, tenemos constancia documental de la presencia en 1811 de la referida Puerta de Plasencia, ya que se mantuvo en pie hasta 1879 (Martín López, 1997, p. 423).

Continuaba el cerco hasta la denominada Puerta de Andújar, adornada por los restos del Torreón de los Donceles. En desuso tras la apertura de Puerta Nueva, afirma Ramírez de Arellano que permanecía cerrada en la primera mitad del siglo XIX; ambos elementos desaparecerán en la década de los setenta del siglo XIX. Respecto a Puerta Nueva, se abrió en el Camino Real de Madrid y daba acceso al área religiosa e industrial del sureste. El calificativo «nueva» se debe a que se abrió ya en el siglo XVI, aunque también se llamó «Puerta de Alcolea».

El siguiente lienzo de muralla iba de Puerta Nueva a la Puerta de Baeza, protegida incluso por los restos de una barbacana. El vano se representa con la morfología que describía Ramírez de Arellano de «dos lindas torres redondas o tambores, unidas por un precioso arco semicircular coronado todo de graciosas almenas y formado por una argamasa que en nada pudo aprovecharse cuando en 1869 se cometió el desatino de privar a Córdoba de una de sus más bellas joyas artísticas» (Ramírez de Arellano, 1985, p. 238).



FIG. 12. Imagen monumental de la ciudad de Córdoba: castillo de la Calahorra, puente romano y núcleo religioso principal de la ciudad, según grabado de Francisco J. Parcerisa (1840).

En el extremo suroriental, en las inmediaciones del curso del Guadalquivir y el molino de Martos, este ángulo conservaba aún la fortificación y torre conocida como «Torre de las Siete Esquinas»¹⁶, adosada por entonces al edificio del convento de los Mártires del Río, cerca de la Puerta de Martos. Sin embargo, aunque el plano conserva la toponimia del enclave, confirmamos que ya no se conservaba la citada Puerta de Martos, nombrada como «Puerta del Sol», pues había sido dañada y finalmente demolida durante el terremoto de Lisboa de 1755.

A partir de este punto, a veces inmersa en el curso del Guadalquivir, la muralla se prolongaba sin vano alguno hasta alcanzar nuevamente la Puerta del Puente. Frente a ella, fuera de la muralla y en la margen izquierda del Guadalquivir, a modo de torre albarrana unida a la muralla general a través del viejo Puente Romano, el plano de 1811 da fe de la presencia del castillo y plaza fuerte de la Torre de la Calahorra.

Tras el recorrido perimetral externo, procede ahora desentrañar el estado de la muralla interior, la que desde época andalusí dividía Madina y Ajarquía. Ésta partía de la Puerta del Rincón y concluía en la Cruz del Rastro, extendiéndose por las calles de Carnicerías (Alfaros), San Salvador (Capitulares), de las Librerías y de la Feria

(Diario de Córdoba y San Fernando). Pues bien, en el plano de 1811 dicha muralla no aparece representada en ningún punto de su longo trazado, aunque se intuye por la pervivencia en el trazado viario de un eje claro y nítido. A esta muralla se habían adosado las viviendas dispuestas a lo largo del referido eje, quedando como un cerco espectral no visible a los artífices del plano. Se conservaban aún, eso sí, los lugares de paso por donde se comunicaban la ciudad alta y el extenso arrabal de la Ajarquía, antaño puertas y portillos, de los que materialmente sólo se conservaba el llamado «Portillo» o «Portillo de Corvache».

De norte a sur, el primer vano era el paso del Bailío, que hasta el año 1721 estaba definido por un arco o puerta. Le seguía, más al sur, la Puerta de Hierro, también conocida como «de Toledo» o de «San Salvador», una de las antiguas puertas romanas coincidente con el acceso a la ciudad del decumano máximo. Por ella penetraba la antigua Vía Augusta y a su vera se construyó el complejo religioso y lúdico integrado por el templo de Claudio Marcelo y el circo romano, configurando lo que sin duda debió de ser la estampa de la monumentalidad clásica de la Colonia Patricia. Tras la decadencia medieval, el enclave (calle Zapaterías y plaza de San Salvador) volvió a tomar carácter de centralidad urbana por su proximidad al centro comercial de la Corredera, hasta el punto de albergar la sede del concejo municipal desde el reinado de Felipe II. Quizá esta actividad comercial y económica estuvo en el origen de su demolición a principios del siglo XIX, aconsejando el derribo de la antigua Puerta de

¹⁶ Con idéntica denominación existe otra torre en la cercana sierra de Córdoba. De origen islámico, fue construida hacia el año 858 y constituye una de las muchas torres vigías esparcidas por la sierra y la campiña cordobesas.

San Salvador, ya que en el Plano de los Franceses ni tan siquiera se recoge la pervivencia del topónimo (Escobar Camacho, 1987, p. 145).

Más al sur, desembocando en la calle Librerías (actual Diario de Córdoba) se abría el paso de la cuesta de Luján, construido en el año 1531. En 1811 subsiste el paso, pero nada resta de la puerta, que debió de derruirse antes del siglo XIX o en los primeros años de la centuria, ya que la cartografía examinada ni siquiera registra su denominación.

Le sigue el Portillo de Corvache, Portillo de San Francisco o simplemente Portillo, el único que aún se conserva como verdadera puerta de la muralla interior de Córdoba; en nuestro plano aparece como «calle del Portillo», frente al compás del antiguo convento de San Francisco, que, existiendo en el momento que estamos analizando, no aparece reflejado en el plano.

El plano recoge un último paso histórico entre Villa y Ajarquía, con el nombre de «arquillo de Calceteros», aunque en tiempos se conoció como «arquillo de Pescaderías». El arquillo no se conservaba en 1811, ya que fue destruido en el siglo XVIII para agilizar el tránsito de mercancías y personas en la denominada «Carrera del Puente» (Ramírez de Arellano, 1985, p. 565), definida por las actuales calles Lucano y Cardenal González (Escobar Camacho, 1987, p. 147).

CONCLUSIONES

Doscientos años después de su elaboración, el Plano de los Franceses de 1811, obra, como ya dijimos, de Karvinsky y Rillo, sigue siendo un instrumento geocartográfico primordial para comprender la evolución urbana de una ciudad histórica como Córdoba, lo cual se sustenta en tres conjuntos de circunstancias: su carácter pionero en el desarrollo de la cartografía científica a escala urbana; la formación técnica de sus autores y los propósitos políticos y estratégicos de quienes lo encargaron, y, en tercer lugar, su indiscutible oportunidad temporal, entre el pasado y la modernidad, entre la ciudad preindustrial y los anhelos de una nueva ciudad más moderna, más dinámica y más ordenada, una ciudad que se reinventará a partir de la segunda mitad del siglo XIX con el propósito de convertirse en una ciudad contemporánea.

Su carácter pionero es indiscutible; el plano levantado en 1811, utilizando los precedentes de la cartografía ilustrada y con el impulso del conflicto bélico, partía prácticamente de la nada. Sus precedentes poco o nada aportaron, lo que lo convierte en un documento técnica-

mente original y geográficamente prístino en el contexto de la geografía cordobesa, contemporáneo a otros en el contexto nacional. En otras palabras, el nuevo documento ofrecía por primera vez una representación a escala y sustentada en un arduo trabajo de campo. Era (y lo sigue siendo hoy) un documento geocartográfico lleno de información sobre el paisaje urbano cordobés; pero, al mismo tiempo, era también un instrumento válido para la gestión y la planificación de su territorio, sus calles, sus plazas, sus murallas, etc. Con ello, no sólo recopilaba la información urbana de principios del siglo XIX, sino que lo hacía con un método claramente instrumental y utilitario, cimiento de futuros proyectos cartográficos y de las transformaciones urbanas generadas hasta la elaboración del primer Plan General de Ordenación Urbana de 1958.

Tales logros se sustentan también en la formación de sus autores y en los no menos importantes propósitos de los regidores de la ciudad. El barón de Karvinsky aporta la modernidad de las corrientes europeas y francesas, pioneras en cartografía a escala mundial, aportando igualmente las técnicas necesarias en el desarrollo del trabajo de campo y sus principios de la observación y la documentación paisajísticas, que desarrollaría de manera más elocuente en otros trabajos como el realizado en Córdoba para la navegación del Guadalquivir o los que más tarde dirigió como investigador, naturalista y botánico de instituciones europeas de prestigio internacional. Función auxiliar cumplió el ingeniero Joaquín Rillo, cuando los estudios de ingeniería aún adolecían en España de una más que destacada bisonñez. Ambos se enfrentaron con éxito a una labor sin precedentes en el contexto cordobés.

Pero de nada habría servido todo esto sin la visión práctica y moderna de quienes, desde el poder político y militar, encargaron el proyecto. Conscientes de que no habría gestión sin información y de que, por supuesto, no habría propuestas de modernización sin herramientas que lo permitieran, adivinaron la importancia presente y futura de un documento cartográfico que aportaba los mimbres técnicos útiles para conocer el territorio y sus habitantes, su distribución y características. Podemos afirmar que, en cierto modo, el Plano de los Franceses debió de descubrir a sus contemporáneos cómo era la ciudad y cuáles eran sus deficiencias y males, diagnóstico imprescindible para proyectar la ciudad deseada o la ciudad dirigida que se consolidaría a partir del planeamiento, primero sectorial y luego general, del siglo XX.

Por último, el análisis minucioso del plano permitió desentrañar muchas de las circunstancias del paisaje urbano diagnosticado por Karvinsky y Rillo. Se descubren, cierto es, carencias, deficiencias y alguna que otra gene-

ralidad informativa, si bien, con el apoyo bibliográfico y documental, permite una reconstrucción de los elementos y procesos esenciales del paisaje urbano de Córdoba a principios del siglo XIX, a saber: «espacios abiertos», el «espacio construido» y los usos del suelo; e igualmente la pervivencia aún de aquellos símbolos arquitectónicos que, desde la Edad Media, habían convertido a Córdoba en emblema de la imagen romántica y cultural. Desde este punto de partida, los anhelos de modernidad, progreso e industrialización conducirán a una etapa de reinención urbana, sustentada en la extirpación del pasado, para, más tarde, superados tales anhelos, volver a reinventar la ciudad desde principios humanistas y patrimoniales, ahora recuperando el pasado como signo de identidad urbana y como recurso cultural y turístico.

BIBLIOGRAFÍA

- ALINHAC, G. (1965): *Historique de la Cartographie*. Eyrolles, París.
- ANGUITA GONZÁLEZ, J. (1984): *La desamortización eclesiástica en la ciudad de Córdoba (1836-1845)*. Albofafia, Córdoba.
- ARANDA DONCEL, J. (1997): «Córdoba en los siglos de la modernidad», en *Córdoba en la historia: la construcción de la urbe. Actas del Congreso* (Córdoba 20-23 de mayo de 1997). Ayuntamiento de Córdoba, Fundación La Caixa y Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, Córdoba, pp. 299-336.
- BANSE, E. (1945): *Los Descubridores de la Tierra*. Traducción de Sebastián Bachs, Iberia/J. Gil, Barcelona.
- BARBADO PEDRERA, M.^a T. (1997): «Transformaciones en el recinto amurallado cordobés en los siglos XV al XVIII», en *Córdoba en la historia: la construcción de la urbe. Actas del Congreso* (Córdoba 20-23 de mayo de 1997). Ayuntamiento de Córdoba, Fundación La Caixa y Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, Córdoba, pp. 337-344.
- BERNARDO ARES, J. M. de (1989): «La administración local de Córdoba durante la ocupación francesa». *Studia histórica. Historia Moderna*, núm. 7, pp. 653-664.
- BERTOMEU SÁNCHEZ, J. R. (1996): «La colaboración de los cultivadores de la ciencia españoles con el Gobierno de José I», en A. Gil Novales (ed.): *Ciencia e independencia política*. Ediciones el Orto, Madrid, pp. 175-213.
- (2009): «Ciencia y política durante el reinado de José I (1808-1813): el proyecto de Real Museo de Historia Natural». *Hispania. Revista Española de Historia*, vol. LXIX, núm. 233 (septiembre-diciembre), pp. 769-792.
- BONET CORREA, A. (1991): *Cartografía militar de plazas fuertes y ciudades españolas. Siglos XVII-XIX. Planos del Archivo Militar Francés*. Instituto de Conservación y Restauración de Bienes Culturales, Madrid.
- CASAÑO SALIDO, C. (1986): *El libro de la Estación*. Servicios Reunidos Andaluces, Córdoba.
- CUESTA MARTÍNEZ, M. (1985): *La ciudad de Córdoba en el siglo XVIII. Análisis de la estructura del poder municipal y su interdependencia con la problemática socio-económica*. Caja Provincial de Ahorros, Córdoba.
- (1997): *Oficios públicos y sociedad: administración urbana y relaciones de poder en la Córdoba de finales del Antiguo Régimen*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, Córdoba.
- ESCOBAR CAMACHO, J. M. (1987): «El recinto amurallado de la Córdoba bajomedieval», *La ciudad hispánica, siglos XIII al XVI*. Universidad Complutense, Madrid, pp. 125-152.
- (1989): *Córdoba en la Baja Edad Media*. Caja Provincial de Ahorros, Córdoba.
- ESCUADERO, J., J. A. MORENA, A. VALLEJO y A. VENTURA (1999) «Las murallas de Córdoba (el proceso constructivo de los recintos desde la fundación romana hasta la Baja Edad Media)», en *Córdoba en la historia: la construcción de la urbe. Actas del Congreso* (Córdoba 20-23 de mayo de 1997). Ayuntamiento de Córdoba, Fundación La Caixa y Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, Córdoba, pp. 201-224.
- GARCÍA MOLINA, J. A. (1997): «La casa tradicional cordobesa en la Edad Contemporánea», en *Córdoba en la historia: la construcción de la urbe. Actas del Congreso* (Córdoba 20-23 de mayo de 1997). Ayuntamiento de Córdoba, Fundación La Caixa y Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, Córdoba, pp. 407-420.
- GARCÍA ORTEGA, A. J., y A. GÁMIZ GORDO (2010): «La ciudad de Córdoba en su primer plano: un dibujo esquemático de 1752». *Archivo Español de Arte*, LXXXIII, núm. 320 (enero-marzo), pp. 23-40.
- GARCÍA VERDUGO, F. R. (1993): «Córdoba en 1811 y el Plano de los Franceses». *Diario Córdoba*, 2 de abril, p. 10.
- (1986): «Las propuestas de ensanche en la ciudad de Córdoba». *Estudios Geográficos*, núm. 182-183, pp. 149-172.
- (1992): *Córdoba, burguesía y urbanismo. Producción y propiedad de suelo urbano: el sector de Gran*

- Capitán, 1859-1936*. Ayuntamiento de Córdoba, Córdoba.
- (1997): «La formación de la ciudad contemporánea. El desarrollo urbanístico cordobés en los siglos XIX y XX», en *Córdoba en la historia: la construcción de la urbe. Actas del Congreso* (Córdoba 20-23 de mayo de 1997). Ayuntamiento de Córdoba, Fundación La Caixa y Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, Córdoba, pp. 373-406.
- y C. MARTÍN LÓPEZ (1994): *Cartografía y fotografía de un siglo de urbanismo en Córdoba*. Ayuntamiento de Córdoba, Córdoba.
- GAUTIER, T. (1985): *Viaje por España*. Prólogo de M. Vázquez Montalbán, traducción de Jaime Pomar, Taifa, Barcelona (1.ª ed. francesa, 1845).
- GENTIL BALDRICH, J. M.^a (1997): «La Dirección General de Caminos, y otros personajes, en 1823». *Revista de Obras Públicas*, núm. 3.365 (mayo), pp. 61-70.
- GOGARD, M. (1862): *L'Espagne. Moeurs et paysages, histoire et monuments*. A. Mame et Cie., Imprimeurs-Libraires, Tours, 348 pp.
- LACOSTE, Y. (1990): *La geografía: un arma para la guerra*. Traducción de Joaquín Jordá, Anagrama, Barcelona.
- LAGUNA RAMÍREZ, M.^a C. (1997): *El Guadalquivir y Córdoba en el Antiguo Régimen: navegación, conflictos sociales e infraestructura económica*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, Córdoba.
- LOMA RUBIO, M., C. SEQUEIROS PUMAR y F. VALVERDE FERNÁNDEZ (1996): «Las plazas de Córdoba en el proceso de recuperación de sus casco histórico: las plazas de “fondo de calleja”», en *II Jornadas de Geografía Urbana*. Universidad de Alicante, Alicante, pp. 157-162.
- C. SEQUEIROS PUMAR y F. VALVERDE FERNÁNDEZ (1997): «Algunas transformaciones en la trama urbana de Córdoba: la apropiación de espacios públicos en las plazas», en *Córdoba en la historia: la construcción de la urbe. Actas del Congreso* (Córdoba 20-23 de mayo de 1997). Ayuntamiento de Córdoba, Fundación La Caixa y Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, Córdoba, pp. 349-356.
- LÓPEZ AMO, J. (1997): *Las aguas de Córdoba: descripción del origen y curso de las aguas potables en 1876*. Prólogo de José María Ortiz Juárez, edición, introducción y notas de Rafael Ruiz Pérez y Ana Verdú Peral, Ediciones La Posada del Excmo. Ayuntamiento de Córdoba, Córdoba.
- LÓPEZ-MEZQUITA SANTAELLA, M.^a D. (1997): «Estado actual de la investigación de las murallas del castillo de la Judería y de las del barrio del Alcázar Viejo de Córdoba», en *Córdoba en la historia: la construcción de la urbe. Actas del Congreso* (Córdoba 20-23 de mayo de 1997). Ayuntamiento de Córdoba, Fundación La Caixa y Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, Córdoba, pp. 239-248.
- LÓPEZ ONTIVEROS, A. (1981): *Evolución urbana de Córdoba y de los pueblos campañeses*. 2.ª ed., Diputación Provincial de Córdoba, Córdoba.
- (1991): *La imagen geográfica de Córdoba en la literatura viajera de los siglos XVIII y XIX*. Publicaciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, Córdoba.
- y J. NARANJO RAMÍREZ (2007): «La Corredera, plaza Mayor de Córdoba», en E. García Zarza (coord.): *La plaza Mayor de Salamanca. Importancia urbana y social y relación con plazas mayores españolas e iberoamericanas*. Centro de Estudios Salmantinos, Salamanca.
- MADOZ, P. (1987): *Diccionario geográfico-histórico-estadístico de España y sus posesiones de ultramar*. Edición de Antonio López Ontiveros, Editoriales Andaluzas Reunidas, Sevilla.
- MARTÍN LÓPEZ, C. (1981): «La mortalidad en Córdoba en el segundo tercio del siglo XIX». *Axarquía*, núm. 2, pp. 54-77.
- (1982): «La natalidad en Córdoba en el período 1836-1870». *Axarquía*, núm. 5, pp. 37-57.
- (1986a): «La creación de un centro urbano en la ciudad de Córdoba: la plaza de las Tendillas». *Estudios Geográficos*, núm. 182-183, pp. 119-147.
- (1986b): «Normativas urbanísticas de la ciudad de Córdoba en el siglo XIX». *Ifigea*, núm. 3-4, pp. 203-213.
- (1990): *Córdoba en el siglo XIX. Modernización de una trama histórica*. Ayuntamiento de Córdoba, Córdoba.
- (1991): «El planeamiento urbano de mediados del siglo XIX: los planos geométricos o de alineaciones de Córdoba de 1849 y 1884». *Ifigea*, núm. 7-8, pp. 83-91.
- (1997): «La desaparición de las murallas en Córdoba», en *Córdoba en la historia: la construcción de la urbe. Actas del Congreso* (Córdoba 20-23 de mayo de 1997). Ayuntamiento de Córdoba, Fundación La Caixa y Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, Córdoba, pp. 421-428.
- (2002): *Historia de la cartografía y de la topografía*. Centro Nacional de Información Geográfica, Madrid.
- MINISTERIO DE DEFENSA (2008): *Cartografía de la Guerra de la Independencia*. Ollero y Ramos Editores, Madrid.

- MONTIS, R. de (1923a): «La casa cordobesa», en *Notas Cordobesas. Recuerdos del Pasado*. Vol. iv, Imprenta del Diario Córdoba, Córdoba, pp. 65-70.
- (1923b): «Las plazas de la ciudad», en *Notas Cordobesas. Recuerdos del Pasado*. Vol. vi, Imprenta del Diario Córdoba, Córdoba, pp. 195-199.
- (1923c): «Los huertos», en *Notas Cordobesas. Recuerdos del Pasado*. Vol. v, Imprenta del Diario Córdoba, Córdoba, pp. 37-41.
- MOYA MILANÉS, P. (1981): «La incrustación del ferrocarril en el urbanismo de Córdoba. Pasado y futuro de su ubicación desde una perspectiva geográfica». *Axarquía*, núm. 2, pp. 107-128.
- MUÑOZ MALDONADO, J. (1833): *Historia política y militar de la Guerra de la Independencia de España contra Napoleón Bonaparte desde 1808 á 1814*. Imprenta de D. José Palacios, Madrid.
- NARANJO RAMÍREZ, J., y A. LÓPEZ ONTIVEROS (2011): *La plaza de la Corredera de Córdoba. Funciones, significado e imagen a través de los siglos*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, Córdoba.
- NAVARRO BELLO, G. (2004): «Una aproximación al paisaje como patrimonio cultural, identidad y constructo mental de una sociedad». *Revista Electrónica DUyP. Diseño Urbano y Paisaje* (Centro de Estudios Arquitectónicos, Urbanísticos y del Paisaje, Universidad Central de Chile, Santiago de Chile), vol. 1, núm. 1.
- NIETO CALMAESTRA, J. A. (2009): «Cartografía de la guerra de independencia». Reseña bibliográfica en *Cuadernos Geográficos*, núm. 44, pp. 253-255.
- NIETO CUMPLIDO, M. (1973): *Córdoba en el siglo xv*. Publicaciones de la Excma. Diputación de Córdoba, Córdoba. Estudio y edición facsimilar (pp. 25-39), transcripción del original latino y versión castellana del texto ms. 103 de la Biblioteca Universitaria de Salamanca que contiene una *Descriptio Cordubae* debida a Jerónimo Sánchez realizada a mediados del siglo xv.
- NÚÑEZ DE LAS CUEVAS, R. (1982): «Cartografía española del siglo xix», en *Curso de Conferencias sobre Historia de la Cartografía Española*, Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, Madrid, pp. 75-111 + 4 láminas.
- ORTI BELMONTE, M. A. (1930a): *Córdoba durante la guerra de la independencia, 1808-1813*. La Comercial, Córdoba.
- (1930b): «Córdoba durante la guerra de la independencia, 1808-1813». *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, núm. 21, pp. 253-292.
- (1966): *Córdoba monumental, artística e histórica*. Publicaciones de la Excma. Diputación Provincial de Córdoba, Córdoba.
- PALACIOS BAÑUELOS, L. (1990): *Historia de Córdoba. La etapa contemporánea (1808-1936)*. Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, Córdoba.
- PELÁEZ, J. (2003): «La judería de Córdoba en época musulmana», en E. Benito Ruano y otros: *Juderías y sinagogas de la Sefarad medieval: en memoria de José Luis Lacave Riaño*. Universidad de Castilla-La Mancha, Toledo, pp. 59-72.
- PINTO CEBRIÁN, F. (1986): *La geografía y la guerra: un análisis de sus relaciones*. Servicio de Publicaciones del Ejército de Tierra, Estado Mayor, Madrid (Colección Adalid, 15).
- (1988): *Los conflictos bélicos y el fenómeno urbano: el factor militar*. Centro de Publicaciones del Ministerio de Defensa, Madrid.
- (1997): *La información y el arte de la guerra*. Ediciones Aldecoa, Burgos.
- RAMÍREZ DE ARELLANO Y GUTIÉRREZ DE LOS RÍOS, T. (1985): *Paseos por Córdoba, o sean Apuntes para su historia, 1873-1877*. Librería Luque y Editorial Everest, Córdoba.
- RAMÍREZ Y DE LAS CASAS-DEZA, L. M.^a (1976): *Indicador Cordobés. Manual histórico topográfico de la ciudad de Córdoba*. Everest, León.
- (1977): *Córdoba en el siglo xix. Memorias*. Prólogo de José Manuel Cuenca Toribio, Instituto de Historia de Andalucía, Córdoba.
- RICHARDSON, W. (1988): *Mexico Through Russian Eyes, 1806-1940*. University of Pittsburgh Press, Pittsburgh.
- RODRÍGUEZ LÁZARO, F. J. (2000): *Los primeros ferrocarriles españoles*. Akal, Madrid.
- ROULEAU, B. (1989): *Le plan de Paris de Louis Bretez dit Plan de Turgot*. Verlag Dr. Alfons Uhl, Nördlingen.
- RUIZ MORALES, M. (2001): «Ensayo histórico de cartografía urbana». *Mapping. Revista Internacional de Ciencias de la Tierra*, núm. 71, pp. 26-44. Disponible en <www.mappinginteractivo.com/plantilla-ante.asp?id_articulo=67>.
- (2006): «La evolución de los mapas a través de la historia». *Mapping. Revista Internacional de Ciencias de la Tierra*, núm. 110, pp. 52-72. Disponible en <www.mappinginteractivo.com/plantilla-ante.asp?id_articulo=1203>.
- SANTAMARÍA, M.^a T. (1985): *Jardines de Valencia: la Glorieta y el Parterre*. Ayuntamiento de Valencia, Valencia.

- SERRANO SEGURA, M.^a M. (1991): «La ciudad percibida. Murallas y ensanches desde las guías urbanas del siglo XIX». *Geográfica*, núm. 91 (enero), 46 pp. Disponible en <www.ub.edu/geocrit/geo91.htm>.
- SHINAQ, M. S. (2001): «La ciudad musulmana y la influencia del urbanismo occidental en su conformación». *Cuadernos de Investigación Urbanística*, núm. 33, pp. 1-67. Disponible en <www.aq.upm.es/Departamentos/Urbanismo/publicaciones/ciur33.pdf>.
- TORRES BALBÁS, L. (1952): *Ciudades hispano-musulmanas*. 2 vols., Instituto Hispano-Árabe de Cultura, Madrid.
- (1953): «La estructura de las ciudades hispanovisigodas: la medina, los arrabales y los barrios». *Al-Andalus*, xvii.
- TORRES MÁRQUEZ, M. (2006): «La transformación de los ruedos huertanos de la ciudad de Córdoba (España): su inclusión en la zona regable del Guadalquivir y desaparición en la segunda mitad del siglo XX». *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles (AGE)*, núm. 42, pp. 229-254. Disponible en <http://dialnet.unirioja.es/servlet/fichero_articulo?codigo=2219474&orden=82192>.

